

Tengo, pues, materiales, para tener un elogio con imparcialidad... sin pasión, y con conocimiento de causa; y si no liano mi cometido a satisfacción vuestra, se deberá, no al asunto, sino a mi ineficacia. Espero, no obstante, que el Divino Espíritu sea digno de dignarme y que vuestra bondad supliere mis defectos.

I

Tras de haberme referido en el tomo de 1857, la única línea de vapor que corre, imperfecta aún, que ligaba a Europa con Méjico, la América Central, y gran parte de la Meridional, tenía su centro en una de las Antillas Guineas, en su origen conestada a Santo Tomás. Allí distribuía a sus pasajeros el gran navío salido de Inglaterra, en diversas embarcaciones menores, ya de vela, como las de ida a la Guayra, ya de vapor, como las que se dirigían a las diversas islas, ó a los puertos de tierra firme.

En el que zarpa para Veracruz entraron los viajeros, procedentes el uno de Europa, el otro de la América del Sur. Este parecía como de cuarenta años, de noble aspecto y porte distinguido, y revelaba su carácter sacerdotal y sustrata costumbres bajo el traje de luto que lo ocultaba a miradas curiosas. El otro era un adolescente, lejos todavía de los veinte años, que por su acento ligeramente inglés y su fraseología exótica, manifestaba haber perdido el hábito de hablar el castellano.

Un secreto imán atrajo mutuamente a los dos pasajeros, y de las frases triviales y narraciones de viajes sin importancia, se pasó poco a poco a asuntos más serios, como la educación de la juventud, sobre todo de la destinada al santuario. Ya comprendí esta que el ilustrado viajero era D. José Ignacio Víctor Eyzaguirre, que iniciaba con su humilde penetrante de este día, las amistades, o al se diere, paternales relaciones que, sin que yo pensara entonces ni lo deseara, me trajeron a este Colegio.

Le pedí a poner término en Méjico a una serie de viajes que habían durado siete años; que aún hoy día serían colosales, y en tonces rayaban en lo maravilloso. Casi todos los países de Europa se le eran conocidos; había visitado el Oriente, había holgado el suelo de África. Pero lo que más asombraba eran sus excursiones por todas y cada una de las naciones y colonias de la América española y portuguesa, cuyos montes y valles, ríos y bosques, sus catedrales, parroquias, capillas, universidades, colegios y escuelas, palacios, cuarteles y chozas, podía describir, sin que una sola palabra escapada a su ojo penetrante. Sus peregrinaciones por el antiguo mundo circundaban impresas; las recientes por

el nuevo se hallaban ya listas para los tórculos; cuanto había publicado hasta entonces le había granjeado fama universal.

No os figuréis, sin embargo, que era un nuevo Humboldt, un precursor de Stanley o un Pausanias resucitado. Si a esto se hubiera reducido su mérito, ni yo estaría pronunciando su elogio en esta cátedra sagrada, ni vosotros os hallaríais reunidos en derredor. Le habría bastado un discurso académico en alguna reunión profana, y una lápida en alguna calle o plazuela. Pero su vida fué la de un sacerdote ejemplar, que si salió de su patria a recorrer regiones extrañas "in terram alienigenarum", fué para adquirir la verdadera sabiduría, que ya había empezado a verter a torrentes en sus libros, "tanquam imbres mittet eloquia sapientiæ suæ", y que se preparaba a derramar todavía con mayor abundancia en la fundación que proyectaba.

Vais a juzgarlo vosotros mismos. Al hombre, por grande que sea, que nunca ha escrito, hay que retratarlo adivinando sus pensamientos, interpretando sus obras, sorprendiendo sus movimientos; y el cuadro tiene que resultar imperfecto. Pero el autor de un libro en él se retrata a sí propio, y su panegirista no tiene más trabajo que reproducir la figura ya trazada. No la pintaré, por cierto, con el colorido y las sombras que merece; pero sí la delinearé con todo el detenimiento que es necesario, y apoyaré con mayor fuerza mi lápiz en los rasgos que más nos conviene admirar.

Había llegado a su mitad el siglo pasado, cuando las convulsiones políticas de la República de Chile arrojaban de su seno al vicepresidente de su parlamento, eclesiástico insigne y autor de una historia de su patria, ya famosa en el mundo de las letras. Bendita mil veces la Providencia, que convirtió en lluvia de bienes para él y para nosotros, acontecimientos que a primera vista parecían torrentes de tribulaciones.

Apenas zarpa de Valparaíso la nave que conduce a Eyzaguirre, cuando empieza ya éste a observar como el sabio de Salomón lo bueno y lo malo de las naciones que visita, "bona enim et mala in hominibus tentabit," fijándose sobre todo en el estado que guardan las Iglesias, el clero, los seminarios.

Oíd las amargas quejas que exhala apenas pisa las playas del Perú. "Lima se vió invadida por las doctrinas subversivas del Racionalismo y del Jansenismo, que, combatiendo toda suerte de autoridad, prepararon los tristes acontecimientos de que el Perú ha sido teatro durante veinte años de anarquía.... Origen del extravío de otros muchos es el Doctor Vigil.... Para él no hay más doctrina que la jerarquía, ni otro blanco tan odioso como el primado del Papa.... Un odio intenso y mal disimulado le fatiga en ciertos momentos, como a Villanueva, a Llorente y a De Pradt, y paradesahogarse repite las amargas diatribas de éstos contra la autoridad del Vicario de Cristo. Tal es el juicio que debe formarse de las obras del Doctor Vigil, por lo demás sin mérito literario."